

Lo físico y lo espiritual se funden en las alturas. Debo confesar que esta ascensión era especial para mi, pues mi hija Mercedes me dijo que le apetecía mucho volver a hacer montaña y hacer cima en Monte Perdido. Ella y yo hicimos bastantes excursiones con el club del REICAZ y también practicamos esquí y descenso de barrancos, pero desde hacía unos ocho años que no habíamos hechos juntos alta montaña. Así que el Monte Perdido propiciaba mi reencuentro montaño con Mercedes.

Como remate a esta, para mi emocionante, ascensión nuestro Presidente me encomendó officiar en la cima del Monte Perdido el nombramiento de Damas y Caballeros de los Tres Miles, pues había cuatro compañeros que superarían por primera vez una montaña de esa altura y que en este caso es de 3.355 metros. Acepté encantado el honor, sabiendo que las emociones no sólo estarían en los "tresmilcantanos", sino también en mi garganta, porque entre los "neófitos" estaba mi hija.

Cualquier intento de ascender a esas dos montañas, Cilindro y Perdido, generosas en altura y esenciales por su privilegiada posición central en nuestro Pirineo, es un buen comienzo. Según mis noticias nuestro Presidente había encargado un día redondo y los dioses quisieron que así fuera y nos premiaron a todos, quizás porque nuestro introductor en el "olimpio" de Ordesa fue, nada menos, que un tal Horacio, aunque no el excelso Quinto Horacio Flaco que escribiera el famoso verso "*Carpe diem, quam minimum credula postero*", es decir, "Aprovecha el día de hoy y no te confíes en el de mañana". Creo que todos cumplimos con el poema horaciano y empezamos a apurar el día desde poco después de la cuatro de la mañana.

Los que pudieron pernoctar en Nerín seguro que durmieron algo más; los que no tuvimos la fortuna de tener reserva de habitación allí, nos vimos obligados a un madrugón más severo, para recorrer los kilómetros que nos separaban de la salida de autobús a las 5:45 horas. En fin con más o menos sueño en nuestros cuerpos, todos los previstos nos presentamos puntuales al bus. A mí personalmente, y antes de subir al autobús, me dio tiempo de perder el carnet de federado y una tarjeta visa, pero Horacio, como no, se los encontró y los recibí justamente cuando pagaba los billetes (ida y vuelta), por cierto, a un precio muy "ajustado" a los intereses solo del propietario. Como el bus iba lleno, calcularon los compañeros de "ciencias" que Horacio ganaba ya a las seis de la mañana mil euros: eso sí es un buen ejemplo del "*carpe diem*", aunque se aparta de otro de los más conocidos versos del gran Horacio: "*Beatus ille qui procul negotiis*" ("Dichoso aquel que lejos de los negocios..."). Por lo que vimos y pagamos, este montañés, alcalde de Fanlo, se mantiene en el negocio cerca y temprano.

Se cumplió el horario y el vehículo nos depositó a todos en la zona de Cuello Gordo. Era todavía de noche y debíamos usar nuestros frontales para iniciar la marcha tras las fotos de rigor de nuestro grupo, que componíamos más de veinte compañeros. Las palabras de Domingo fueron un recordatorio del manual montaño y casi todos, creo, que lo respetamos durante la jornada.

Pocos minutos después disfrutamos ya de un vista espectacular y algo fantasmal: las primerísimas luces del alba nos recortaron en negro la silueta completa del macizo con sus cumbres principales : Marboré, Cilindro, Perdido y Añisclo. Ahí estaban nuestros dos gigantes desafíos.

Con nuestros frontales, la frescura de la mañana y de nuestras piernas fuimos ligeros llaneando hasta hasta la base de la ascensión. Se apagaron los frontales y rompió definitivamente una mañana límpida y transparente: un buen augurio. Teníamos por delante algo más de dos horas de ir ganando altura hasta el pequeño Lago Helado. Con un día así no fue extraño que viéramos en el recorrido más de 70 montañeros.

El recorrido común de la ascensión, hasta el ibón, fue tranquila, con un ritmo cómodo, lo que facilitó que todos, sin diferencias significativas, fuésemos pasando las trepadas, cadenas y saltos por el “caos” sin incidentes. Se cumplió sustancialmente el orden de marcha que Domingo había planteado y el grupo alcanzó la cota el Lago Helado. Allí se compusieron las dos cordadas para el ataque de sus respectivas cumbres.

Los que íbamos a Monte Perdido, tras la pequeña parada en el ibón, comenzamos la dura y severa primera rampa rocosa del tramo final de ascensión. Nuestro compañero Jesús Miñana y su hija Yaiza, empleando sus facultades físicas con vigor, se adelantaron al grupo, que dirigía con mimo María Emilia, para que no se produjeran descuelgues o abandonos por sobre esfuerzos.

Y llegó, como no, la dichosa Escupidera: esta incómoda cuesta, entre piedras sueltas y tierra batida; parecía el Paseo de la Independencia: el tránsito de personas subiendo y bajando era sorprendente. Este cruce de unos y otros no facilitaba nuestro esfuerzo pero la senda marcada tenía que ser compartida. Los que no conocían la famosa Escupidera no quedaron defraudados: no era un broma. Tras los zigs-zags, que se hacen interminables, alcanzamos el collado y pudimos disfrutar de la vista de la lengua glaciar de la cara norte del Monte Perdido, el lago de Marboré, la brecha de Tucarroya, los Astazus, etc...

Sólo nos quedaban los últimos metros que consumimos en pocos minutos. En la cumbre nos esperaban, además de Jesús y Yaiza Miñana, otras treinta personas (si no eran más). Nos felicitamos todos; immortalizamos el momento con alguna foto y los cuatro “tresmilcantanos” recibieron, si pudieron escuchar mi voz rota y afónica, su nombramiento de Damas y Caballeros. Sin duda la emoción me anudó la garganta y sobre eso el tener que elevar la voz no favoreció el lucimiento. Mi parlamento, la fórmula ya conocida con algún matiz histórico añadido, fue de gallo en gallo, pero lo conseguí terminar, recordando a todos al final y en castellano la máxima latina *Per aspera ad astra*, es decir, “Por la dificultad a las estrellas”. El piolet presidencial tocó cada uno de los cuatro hombros y por la autoridad delegada suya, heredada de los condes de Sobrarbe y reyes de Aragón, como señores de esta sagrada tierra y de estas montañas, los cuatro quedaron incluidos en este honorable orden montañero de los “tresmiles”. Mercedes me dio un beso y un abrazo en esa cima mítica y eso hizo irrepensible y único el momento.

Desde nuestra cumbre vimos, incluso con prismáticos, que en el Cilindro un grupo, el comandado por Juan Carmena, coronaba su cima . Comprobamos a lo largo de nuestro recorrido y en la propia cima que había bastantes montañeros catalanes, algunos vasconavarros (por los jaúpas!) y otros internacionales franceses y alemanes. El día era perfecto y Góriz debió quedar semi vacío y repartió por toda la zona a sus inquilinos de fin de semana.

Descendimos con cuidado y sin pausa al pequeño Lago Helado y esperamos a nuestros compañeros que volvían ya del Cilindro. Hubo tiempo hasta para un baño helado, refrescarse o para comer y beber. El grupo se reunió y comenzó animoso nuestro descenso; había tiempo suficiente para llegar al autobús a la 18:30 horas, así que aprovechando un arroyo de la escorrentía del ibón o de manantiales se hizo una parada breve para comer algo. Otros, ya comidos, optaron por pediluvios helados para reactivarse.

Todos en un largo rosario salimos hacia Cuello Gordo y sin prisa alcanzamos el autobús horaciano unos minutos antes de su hora de partida. Hubo algún rezagado, que corriendo llegó a tomarlo casi en marcha y con las chanzas de todos los demás.

Un día azul, perfecto de organización, desarrollo, cumplimiento de objetivos montañeros y no pocas emociones. Esta vez el "Perdido" sirvió para el reencuentro. Gracias a todos, sois estupendos.

Daniel Bellido